

“El vijo se extrae de tres clases de árboles que se procesan en forma independiente. Le permite al payé hablar con los espíritus de la Naturaleza y visitar otros mundos” (pág. 140). “La bonanza de la coca duró desde 1979 hasta 1983 [...]. En esos años todos tuvieron mucha plata. Luego vino una gran miseria, tanto material como espiritual y moral, porque la coca removi6 y destruy6 las estructuras más íntimas de la cultura indígena, lo que no sucedió con las otras bonanzas [caucho, pieles, oro]” (pág. 209).

Todos los acontecimientos se convierten en ocasión para festejar con chicha. Las fiestas y ceremonias son frecuentes y pueden durar varios días: para llorar a los muertos, dar nombre a un niño, celebrar la abundancia, realizar danzas y muchos otros motivos. Cada indígena tiene dos nombres: uno en su lengua, y otro para usarlo con los blancos. “Nosotros no pensamos en el futuro. Vivimos el momento”.

En otro tiempo los animales también hacían fiestas en las que se disfrazaban unos de otros. Como ninguno sabía quién era quién, no se podían comer.

“Los suelos del Vaupés son ácidos, ricos en óxido de hierro y aluminio, carentes de fósforo, pobres en nutrientes y de configuración arenosa [...] Los únicos nutrientes que encuentran los árboles para su desarrollo están en el colchón de hojas y palos podridos” (pág. 325). “El suelo se agota rápidamente y no resiste que se le cultive por mucho tiempo”



(pág. 211). Por eso sus habitantes son seminómadas. “En contra de la ganadería están los pastos de mala calidad y el alto costo de los insumos. [...] La selva no resiste el monocultivo ni la deforestación de grandes zonas para la agricultura” (pág. 212). “En el Vaupés todos los árboles de cedro se encuentran huecos” (pág. 219). Los árboles de caucho se acabaron rápidamente porque para sanjar los palos, es decir, sacarles el látex, se tumbaban. Había palos tan grandes que daban hasta quince galones, pero sólo una vez” (pág. 204).



“La caza y la pesca ya no son abundantes, y los frutos se dan sólo por épocas. [...] Por las muchas necesidades se vende todo lo producido, generando desnutrición y graves secuelas” (págs. 210-211).

“Por vía terrestre no existe la forma de salir del departamento. [...] Por vía fluvial no hay comercio. Es un transporte para personas y muy poca carga” (pág. 296).

“Los indígenas conocemos y manejamos todos los peligros de la selva: el peligro de los animales, el peligro de perderse, los peligros y beneficios de sus plantas; la sabemos caminar y navegar (pág. 214). “Sabemos que es un gran ser con su único e irrepetible ritmo de vida. En la selva no se ve el sol, pero sabemos la hora del día por el canto de los pájaros. Sabemos cuándo pasamos de una zona a otra por el color del agua, y muchas señales más de la Naturaleza que nos orientan sobre lo que va a pasar o está pasando” (pág. 215).

Después de sus prolongados viajes por el Chocó, Gonzalo Arango adquirió gran afición por el Vaupés. Allá se refugiaba por largos periodos. Eso fue lo que acabó con la revista Nadaísmo.

Si la lectura de este artículo le produjo sed, tome chivé con jugo de patabá, ibacaba, mirití, avina, manicuera, wasaí, ibapichuna. Es un energizante del color de la guayaba. Delicioso.

JAIME JARAMILLO  
ESCOBAR



## Muchas páginas

### Historia económica de Colombia en el siglo xx

Gabriel Poveda Ramos

Universidad Pontificia Bolivariana,  
Escuela de Formación Avanzada,  
Medellín, 2005, 790 págs.

En las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, momento de esplendor de la historia económica en Colombia, la introducción del análisis económico de tipo histórico fue hecho desde la izquierda política, más exactamente desde diversas corrientes marxistas y en menor medida (como en el caso de la obra más conocida de Germán Colmenares) desde la óptica de la escuela de los Annales. Esas investigaciones mostraron la importancia de la historia económica como un instrumento necesario para comprender las características de la sociedad colombiana que emergió durante el Frente Nacional. Los tópicos preferidos de esa historia económica apuntaban al esclarecimiento, en una dinámica temporal de media y larga duración, de los orígenes de la industrialización, los problemas agrarios, las formas de trabajo en diversas épocas, la emergencia de la clase obrera y de los campesinos como sujetos de nuestro devenir histórico, el impacto económico de la Violencia, las

características de la acumulación originaria de capital, la economía cafetera, las luchas agrarias, las formas de dependencia y la injerencia del imperialismo estadounidense. Los principales resultados de esa historia económica se materializaron en algunas obras de Álvaro Tirado Mejía, Salomón Kalmanovitz, Jesús Antonio Bejarano, Absalón Machado, Marco Palacios, Orlando Fals Borda, Jorge Villegas y Mariano Arango. Valga recordar que, en ese momento, todos estos autores escribían desde la orilla izquierda del espectro político, así la mayor parte de esas investigaciones se hayan efectuado en la academia universitaria o en instituciones estatales (como el Dane). Esas obras renovaron la historiografía colombiana y, en rigor, fundaron la historia económica.



Tendrían que pasar muy pocos años, algo así como un cuarto de siglo, para que de la historiografía colombiana prácticamente desapareciera la historia económica elaborada desde posturas marxistas. Este hecho, que ameritaría una investigación especial, está directamente ligado con las transformaciones experimentadas por los historiadores y economistas, quienes (con muy honrosas excepciones, como las de Germán Colmenares, Orlando Fals Borda y Jorge Villegas Arango) dejaron la izquierda para enfilarse presurosos hacia los partidos tradicionales, asumiendo posturas no precisamente radicales ni críticas del capitalismo colombiano, y convir-

tiéndose en burócratas del Estado o en apologistas y defensores del establecimiento. Como resultado de este tránsito, también se abandonó la historia económica que se había basado en el marxismo, y empezó a imponerse por parte de los mismos autores que cambiaron de casaca, una historia económica de centro y de derecha (apoyada, entre otras tendencias, en el institucionalismo y en la econometría). En términos más globales, se ha abjurado de la historia económica y social y en los últimos quince años se transitó a una historia de tinte culturalista, cuyos voceros más caracterizados sostienen que la historia económica ya no es importante y que, además, en ese terreno no hay nada nuevo que decir. El resultado no podía ser más lamentable, como puede verse hoy en la historiografía colombiana y en las universidades donde se enseña historia: una ignorancia crasa sobre procesos y estructuras, sobre clases y conflictos sociales, sobre la dinámica contradictoria de la acumulación de capital y las formas de dependencia, sobre las diversas formas de explotación del trabajo humano... A cambio de ello, hoy por hoy el historiador o el estudiante de historia no sabe que es, ni puede definir, capitalismo, feudalismo, relaciones sociales, trabajo, estructura, coyuntura, clase obrera, campesinado y conceptos similares, imprescindibles para entender los procesos históricos. Incluso ahora se reivindica la ausencia de teoría y la pobreza analítica en aras de combatir los determinismos y, principalmente, lo que se denomina siempre en forma mecánica como economicismo, para refugiarse en el culto a los relatos fragmentarios, en las descripciones, o en trivialidades sin sentido, que se hacen pasar como historia cultural o de las mentalidades, que en definitiva generan un discurso pretendidamente aséptico en términos políticos, pleno de conformismo con el orden existente.

Justamente, por el abandono de la historia económica y la metamorfosis de los historiadores antaño de izquierda, una síntesis de la historia

económica colombiana del siglo xx, muy necesaria para entender los problemas y urgencias de nuestro presente histórico, ha sido realizada por un ingeniero, muy ligado a los partidos tradicionales y próximo a los industriales. A ese libro se consagra esta reseña.



La visión histórica de Gabriel Poveda Ramos, quien ha escrito libros y artículos sobre la historia económica, empresarial y tecnológica del país, adolece de algunas limitaciones que signan los resultados de sus investigaciones. Entre dichas limitaciones pueden destacarse las siguientes: el predominio de una concepción muy convencional de la evolución humana, propia de la *historia patria de tipo heroico*, lo cual lleva a desconocer la existencia de las clases sociales y sus contradicciones esenciales; de ahí se desprende cierta concepción voluntarista que le atribuye un protagonismo central a ciertos individuos (presidentes de la república, empresarios e ingenieros) en el devenir histórico, sin tener en cuenta las relaciones sociales ni las estructuras que determinan la evolución social; una visión lineal y acumulativa de la historia que lleva a concebir, en forma teleológica y progresista, que el país marchó desde el atraso a la modernización, sin ni siquiera mencionar los resultados contradictorios del tan alabado progreso sobre importantes sectores de la población nacional; el énfasis en las innovaciones técnicas y, preferentemente, en el ramo de las comunicaciones (vías férreas, carreteras,

navegación fluvial y aérea) como indicadores de la modernización económica, sin analizar los problemas sociales y ambientales que generan dichas innovaciones, concibiendo a la técnica como algo neutro y favorable por igual a todos los sectores de la sociedad.



Todas estas limitaciones de la mentalidad ingenieril de Poveda Ramos tiene como consecuencia el no considerar, nada más ni nada menos, a la sociedad, a la política y a la cultura en su relato sobre la historia económica de Colombia en el siglo xx, como lo mostraremos más adelante, lo cual, a su vez, ha originado un libro pesado, largo, tedioso y sin aportes significativos al conocimiento de nuestra historia.

Para empezar, desde el punto de vista formal, el libro está escrito y presentado como los ortodoxos e insoportables manuales que escriben los economistas con la lógica de los ingenieros, esto es, plagado de cuadros estadísticos y gráficas, sin elaborar ideas sobre la dinámica social y cultural de una nación y que vayan más allá del frío y desapasionado dato, ítem, o cifra numérica. Para la muestra un botón: en un libro de casi ochocientas páginas, aparecen 221 tablas estadísticas que ocupan un total de 350 páginas. Además, una buena parte de las tablas están repetidas de manera innecesaria, aunque con otro nombre, tal y como sucede con cuadros relacionados con la red férrea, la población, el Pib, el crecimiento económico y la industrialización. Esta abrumadora masa

de datos estadísticos, ya de por sí se constituye en un castigo y una tortura para cualquier lector, incluso si éste es un economista ortodoxo. El exceso de información apabulla tanto que produce el efecto paradójico de desinformar, hasta el punto que puede considerarse como un verdadero milagro que un lector llegue al final del libro y como un acto de masoquismo intelectual que confronte con cuidado las 221 tablas mencionadas.

Si de verdad se hubiera tenido la intención de escribir un libro para un público que vaya más allá de los economistas —quienes tampoco leerán el libro, puesto que cada día leen menos de historia o de cualquier materia—, se habría podido hacer un esfuerzo de elaboración, de síntesis, de redacción, que se apropiara de ese material bruto para devolverse-lo de una forma grata a aquellas personas que se encuentran al otro lado como potenciales lectores. Si de consultar estadísticas se trata, cualquier persona interesada puede buscar informes del Dane, de la Contraloría o de Planeación Nacional, porque en realidad este no es un libro de historia económica, sino una compilación, por lo demás sin mucho criterio y rigor, de estadísticas sobre Colombia en el siglo xx. Nos hubiéramos ahorrado mucho, incluyendo no hacer esta reseña, si el autor nos presenta un libro con esa finalidad (algo así como un compendio de estadísticas históricas de Colombia) y no una pretendida y pretenciosa historia económica de Colombia en el siglo xx, de lo cual está muy distante.

Otro aspecto, ya no sólo formal, tiene que ver con la periodización histórica, o más exactamente con los criterios empleados para periodizar un determinado proceso histórico. En el caso que nos ocupa nos encontramos con que Poveda inicia su libro con una afirmación de una enorme trivialidad, que ejemplifica su concepción de la historia. Así, en la primera frase del libro señala: “El siglo xx transcurrió del 1 de enero de 1901 al 31 de diciembre del año 2000 (!) (pág. 27). Esta evidencia cronológica nada tiene que ver con la historia ni

con su periodización, si es que estamos considerando a la historia como algo más que mera cronología. En otros términos, el siglo xx en Colombia no empezó el 1.º de enero de 1901 ni terminó el 31 de diciembre de 2000, de la misma forma que, siguiendo a Eric Hobsbawm, el “corto siglo xx” cubre el periodo 1914-1991 y no todo el tiempo-calendario de la pasada centuria. Todo esto significa que la periodización no puede corresponder a los deleznable criterios cronológicos, ya que considerando la densidad histórica de los procesos, en Colombia el siglo xx comenzó en 1918 —cuando se evidencia el despegue del capitalismo, acompañado de protestas sociales, modernización del partido liberal, injerencia imperialista de los Estados Unidos...— y aún hoy no ha terminado (puesto que todavía nos encontramos signados por la Guerra Fría).



La afirmación de Perogrullo de Poveda Ramos sobre los límites del siglo xx es un fiel reflejo de la manera como disecciona el material histórico, en una forma rancia y provinciana, propia de la trasnochada historia patria, esto es, por periodos presidenciales. Por eso, encontramos que el libro está dividido en veintidós capítulos, cada uno de los cuales corresponde en términos generales a un periodo presidencial. Los presidentes son, en consecuencia, la fuerza activa que explica la evolución económica del país; un criterio muy pobre y discutible en el esfuerzo de entender una nación, con toda su variedad contradictoria

y compleja. Además, periodizar de acuerdo con los mandatos presidenciales, supone organizar el material de una manera elemental, sin considerar los aspectos estructurales que caracterizan la trama social, política, cultural y, por supuesto, económica del país. Por ello, en el libro no se encuentra ni una sola mención sobre el tipo de sociedad que ha existido, y existe, en Colombia. Nunca aparece el término capitalismo, vocablo que está proscrito en la lógica ingenieril de Poveda Ramos. Tampoco se tienen en cuenta las desigualdades que se presentan en el comercio internacional, como si nuestro devenir histórico estuviera al margen de los grandes procesos de expansión imperialista del siglo xx.

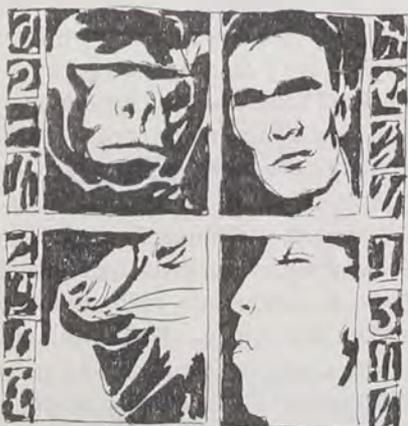
De la misma forma, no existen sujetos sociales de tipo colectivo (clases y fracciones de clase) como actores de esa historia, por ello queda la sensación de que no hay trabajadores urbanos, ni campesinos, ni desempleados, ni vendedores ambulantes entre las clases subalternas, ni tampoco capitalistas y terratenientes entre las clases dominantes. En la concepción de Poveda Ramos la historia económica no es resultado de la existencia de intereses contradictorios, y en muchos casos antagónicos, entre clases sociales, sino un resultado de la voluntad individual de grandes hombres (empresarios, ingenieros, técnicos y políticos), quienes de acuerdo con su libre albedrío —sin ninguna determinación estructural— tejen los hilos de la historia siempre de manera progresista.

En cuanto al contenido se refiere, los problemas del libro son mayúsculos, puesto que la historia discurre placenteramente, sin ningún tipo de contradicciones ni problemas sociales. Colombia es un país que partió del atraso y la miseria en la guerra de los Mil Días, para avanzar en forma progresiva hasta ser un país moderno y próspero un siglo después. Este fin ya estaba avizorado desde Rafael Reyes (1904-1909) y fue continuado por otros nueve presidentes progresistas (a quienes Poveda señala con nombre propio) que empujaron el país hacia delante, hasta conducirlo a los pretendidos “éxitos” del pos Frente Nacional en la década de los años ochenta.

Los pretendidos logros presidenciales (el autor las llama “algunas realizaciones mayores”) en materia económica son una enumeración trivial de obras y proyectos, todos presentados en forma descontextualizada y sin mencionar las contradicciones sociales y la diversidad de intereses en juego, como si toda la población colombiana se beneficiara de las obras presidenciales. Esta es la típica *historia de bronce*, ahora aplicada a la economía, en la cual se dejan de lado los aspectos fundamentales para explicar nuestra evolución histórica: las características estructuralmente desiguales del país, las formas de explotación del trabajo, el funcionamiento de los enclaves imperialistas en las primeras décadas del siglo xx, la represión de los primeros sindicatos y asociaciones de trabajadores, las masacres continuas contra jornaleros, peones y campesinos... Esta historia heroica de Poveda deja de lado a los seres humanos de carne y hueso, como si fueran fichas mudas que nada tienen que decir y aportar, porque están sujetas a los designios providenciales de los grandes hombres (en este caso, los presidentes de la república).

En el esbozo puramente descriptivo a que se reduce la historia de Poveda Ramos, no hay el menor esfuerzo de relacionar lo político, con lo económico y lo social. De ahí que no se intente explicar nada —una de las funciones principales de la historia—, sino solamente acumular da-

tos estadísticos. En concordancia, están ausentes de esas aburridas páginas grandes problemas que sacudieron al país durante el siglo xx, y sin los cuales no puede entenderse a Colombia, tales como: los nexos entre las clases dominantes de Colombia y el capital imperialista (rubricado con la actuación de personajes tan funestos para el país como Enrique Olaya Herrera, Alberto Lleras Camargo, Eduardo Santos, Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez, Guillermo León Valencia, la mayor parte de ellos son para Poveda “grandes patriotas”); el proceso antidemocrático de desarrollo capitalista en Colombia, con todas sus características violentas y excluyentes; las raíces económicas de la Violencia (1945-1965), fundamentales para entender por qué razones al mismo tiempo que se presentaba una gran acumulación de capital fueron asesinados unos trescientos mil colombianos; las condiciones que dieron origen y posibilitaron la consolidación de la narcoeconomía; las características económicas, políticas y sociales en las cuales surge la insurgencia y que se proyectan hasta el día de hoy; la diferenciación regional del país y el papel desempeñado por los campesinos en el funcionamiento del capitalismo... Sobre todos estos procesos, en torno a los cuales existen valiosas investigaciones, no se dice una sola palabra, puesto que para Poveda lo esencial radica en describir los avances técnicos, la política económica de los gobiernos y sus realizaciones. Por eso, la cuestión demográfica en Poveda se reduce a la cantidad de habitantes del país, al crecimiento presentado entre censo y censo, a los peligros de la “explosión demográfica” (término insustancial que el autor emplea para referirse al incremento de la población en la década de los sesenta), sin considerar las diferencias sociales y étnicas de esa población. La consecuencia de esta homogeneización demográfica supone desconocer el carácter profundamente desigual, injusto y discriminatorio de la sociedad colombiana, una característica estructural distin-



tiva del capitalismo salvaje aquí imperante. En la visión demográfica de Poveda no hay el menor esfuerzo por clarificar las características sociales y económicas de la población colombiana, lo que ayudaría a determinar la estructura de clases, la concentración de la riqueza, la magnitud de la pobreza y los procesos históricos que explican la situación actual de miseria, injusticia y violencia que se vive en Colombia.

Sólo hasta el final del libro, cuando el autor se refiere al impacto del modelo neoliberal, adopta una postura crítica, que va más allá de la ficción presidencialista, señalando las consecuencias negativas de la apertura indiscriminada y del “revolcón” gavirista. Pero incluso ahí el autor vacila al considerar que la industria mostró posibilidades de resistir, hechos que han sido desmentidos por la dura realidad de los últimos quince años.



En conclusión, del libro de Poveda Ramos puede decirse que su calidad es inversamente proporcional a su cantidad de páginas, su método expositivo se reduce a la descripción de obras, a la presentación hasta el hartazgo de datos y al (ab)uso de cuadros estadísticos (de la mayor parte de los cuales se podía prescindir), así como de la autocitación narcisista, pues continuamente el autor dice: “Poveda afirma”, “Según Poveda”, “Para Poveda”. Esta forma de autocitarse cumple la función de desconocer —como se nota en el libro— la bibliografía básica sobre historia económica y social de Colombia, muchas

de cuyas principales obras no aparecen mencionadas ni en el cuerpo del libro ni en la bibliografía que se encuentra al final, por la sencilla razón que esas obras tienen una perspectiva completamente distinta a la historia patria tipo Poveda Ramos. Desde el punto de vista de las fuentes, en el libro no hay ningún avance importante, ya que se desconoce buena parte de las fuentes secundarias sobre los principales problemas de la historia colombiana del siglo xx, relacionadas, por ejemplo, con los enclaves del petróleo y del banano, la Violencia, el narcotráfico, las diferencias regionales en el país, los problemas ambientales y el agotamiento de los recursos naturales, las condiciones de vida de la población, la miseria de la mayoría y la riqueza de las clases dominantes. Aunque algunos de esos aspectos se mencionen, no se incorporan cualitativamente en el “análisis”, como si no fueran relevantes.

Examinadas todas las limitaciones, vacíos y carencias analíticas que se encuentran en el libro de Poveda Ramos, se puede decir, a manera de conclusión, que la historia económica es algo muy importante y serio como para dejarla en manos de aquellos economistas que piensan como ingenieros, o de aquellos ingenieros que escriben como economistas.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor Titular,  
Universidad Pedagógica Nacional



## ¿Teoría literaria?

### Los trabajos de Penélope. Una aproximación a la literatura

Raúl Botero Torres  
Fondo Editorial Universidad Eafit,  
Medellín, 2004, 130 págs.

Los ensayos de corte académico recogidos en *Los trabajos de Penélope* por el poeta y ensayista medellinense Raúl Botero Torres, parecen no querer en un principio rivalizar con el

intrincado proceso creativo, inscribiéndose desde el prólogo del libro como simples argucias de tecnicista en pleno uso de sus facultades demostrativas. Esto es, ensayos que “intentan ser una aproximación a la práctica de la literatura desde la lingüística y otras ciencias del lenguaje” y que no pretenden ahondar en los complejos recovecos del intertexto más que en función del proceso que determina cualquier devenir simbólico y de significación. Su autor nos sugiere la necesidad de una teoría, aunque no de un dogma que pretenda limitar estos procesos del intelecto, visiblemente subjetivos para un análisis que requiera de absolutos. En sí, *la pregunta por la literatura* —“¿Cómo proceder en la tarea intencional de configurar una teoría de la literatura?”— constituye, además del primer ensayo recogido en el presente libro, el punto de partida acorde con las disertaciones que su autor procura hacer alrededor de algo que de antemano se sabe demasiado irregular para ir más allá de las hipótesis y presunciones de rigor. “Mi conjetura es que *en el intento de constituir una teoría de los procesos significativos implicados en lo literario, resulta mucho más procedente una pregunta que una definición*” (pág. 18). El desarrollo posterior del artículo que abre la compilación parece regularse a través de teorías prestadas; esto es, indagar en la interrogación semiológico-literaria resulta hoy por hoy saber de enunciados y conceptos, postular hasta el cansancio y no “remediar” nada en absoluto. Pregonar sobre literatura resulta casi como llegar a la conclusión de W. H. Auden sobre ciertos críticos e intelectuales, de quienes sólo son rescatables sus citas y no sus enunciados y disertaciones personales. Raúl Botero acude a Karl Popper para denotar una teoría tripartita que atañe, desde luego, a la correspondencia lingüística habitual, la correlación de tres submundos en una suerte de afinidad pluralista, tras lo cual todo el enrevesado razonamiento vuelve al terreno ya allanado por anteriores ensayos de mayor incidencia: “El proceso de producción específicamente estético al que aceptamos